

(Continuación de la Introducción de la Democracia y el Triunfo del Estado)

Similarmente, dicha modificación integral categórica ha de realizar funciones civilizantes, a fin de restaurar y elevar a un estado superior lo que hoy está ya desbaratado, despreciado, destruido y casi del todo perdido, el conjunto de convicciones, metas, valores, hábitos, relaciones sociales, auto percepciones, modos de participación en la cosa pública y estados de la sensibilidad que constituye ese gran agregado al que es dado denominar civilización. Salir del actual régimen barbárico en que ha sido precipitada la humanidad por el triunfo absoluto del Estado-Estados, que ha tenido lugar en los decenios finales del siglo XX a escala planetaria, para avanzar hacia un nuevo estadio de la civilización, es una aspiración cardinal en los muy aciagos tiempos que corren, cuando todo lo que hace llevadera, digna y auténtica la vida humana está siendo destruido.

Para realizar tal programa intelectual se ha utilizado, como epistemología, el análisis ateórico, o experiencial-reflexivo, de un número importante de realidades singulares representativas, procediendo en un segundo momento, con las cautelas y auto-restricciones apropiadas, a realizar desde lo así logrado algunas inferencias de alcance limitado, que nunca llegan a cristalizar en forma de teorías, pues su propósito es satisfacer la necesidad de verdad y, al mismo tiempo, proporcionar una guía razonablemente segura para la acción comprometida.

Por tanto, dos nociones seminales, en lo gnoseológico, organizan la obra. Una es la preferencia por un estado de ánimo escéptico que contrarreste la voluntad de creer que la modernidad hiper-estatista preconiza, sobre todo, si los sistemas de creencias adoptan la forma de teorías fabricadas por las autoridades intelectuales autorizadas a hacerlo, sean éstas pro sistema o «antisistema», de donde resulta una exhortación a la increencia como primer momento del ir hacia un saber veraz.

La otra es la convicción de que toda aserción de naturaleza general, para ser admitida, ha de manifestarse en un cierto número, al menos, de realidades particulares. La verdad confiable tiene que provenir del estudio ateórico de las expresiones singulares del ser, y no del uso más o menos solemne de la razón; del acudir a procedimientos axiomático-deductivos; del recitar los principios de tal o cual sistema doctrinal; del juego con nociones universales; del verbalismo ingenioso y desenfadado o de cualquier otro procedimiento que no sea la investigación reflexionada y de larga duración de la realidad concreta, los hechos acontecidos, la experiencia comprobada, el esfuerzo realizado y el dolor padecido.

Dado que se pretende la consecución de un enfoque, un diagnóstico y unas propuestas superantes de naturaleza holística sobre los problemas centrales de nuestro tiempo, cada uno de los numerosos asuntos particulares es tratado de forma sintética y breve, de manera inevitable. Esto es un inconveniente, ya que las conclusiones alcanzadas sobre materias que han requerido bastante tiempo de estudio y de cavilación son ahora transmitidas al lector o lectora en unas pocas páginas, cuando no en unos cuantos párrafos, lo que quizá haga difícil su intelección. Debido a que la naturaleza de la obra no admite otra solución, para proporcionar algún remedio a tal particularidad se añade lo tenido por más imprescindible de la bibliografía utilizada, para no ampliar de manera desmesurada la extensión del texto, y para no fatigar a quienes se sumerjan en su lectura. Por tanto, acudir a la bibliografía escogida que se recomienda es condición necesaria para aprehender los contenidos de manera apropiada. Al mismo tiempo, su naturaleza explícitamente política, pero no politicista, hace a aquellos contenidos diversos y plurales, con propósitos integrales y designios de otorgar explicación a lo más decisivo de la totalidad finita, en vez de meramente sectoriales, pues la política

democrática se ocupa del todo concreto como quehacer no especializado, al contrario que la dictatorial, de donde resulta que la llamada ciencia política es insuficiente para la política, si ésta tiene la revolución democrática como propósito.

Los contenidos y enfoques que se ofrecen son poco usuales, sí, lo que puede producir malestar e incluso irritación, pero ha de considerarse las sobremanera dramáticas condiciones en que hoy se desenvuelve nuestra existencia. Esto exige explorar caminos nuevos, dejando de lado viejas certidumbres y añejos dogmatismos, avanzando con intrepidez, a la vez que con prudencia, hacia el logro de nuevas perspectivas que estén a la altura de los problemas de hoy; los más graves, sin duda ninguna, con los que se ha enfrentado el género humano en su historia muchas veces milenaria, dado que lo que está en entredicho es su continuidad como tal, debido al éxito abrumador del magno programa estratégico urdido por el par ilustración-liberalismo hace 250 años para, por motivos políticos, alterar de raíz la esencia concreta humana, constituyendo una infla-humanidad dócil, irreflexiva, inepta, asocial y sin voluntad propia, forzada a un tipo de existencia caracterizada por la inespiritualidad y la barbarie.

Los contenidos desarrollados huyen de proporcionar teorías salvíficas, diseñar utopías reconfortantes o estimular el bienestar psíquico del lector o lectora con uno u otro tipo de narcóticos espirituales. En consecuencia, se apartan de manera consciente y, en la intención, completa de las ideologías optimistas de corte salvacionista propias de los siglos XIX y XX, con significación progresista, obrerista, contracultural, vanguardista, reformista posibilista u otras expresiones de infantilismo, limitándose a señalar la extraordinaria gravedad de los problemas ahora en curso, el enorme esfuerzo que exige su superación y las metas a establecer, caso de que tal acción superadora sea todavía posible en una fase como la actual, de muy avanzado descoyuntamiento de todos los elementos positivos del proceso histórico y de general liquidación de la valía y capacidad de los seres humanos.

No por ello se preconiza un pesimismo lloraduelos y paralizante, sino que, por un lado, se exhorta a hacer acopio de fortaleza interior para mirar de frente la espeluznante realidad de nuestro tiempo tal cual es, y, por otro, se sitúa lo principal de los logros a conseguir en el interior mismo del sujeto, en la forma de disposición anímica para hacer del esfuerzo sin fin por el bien, la verdad, la libertad, el autogobierno y la virtud, los únicos logros realmente decisivos, relegando a un segundo lugar los estadios de llegada y las metas realizables, que han de provenir, en primer lugar, de la calidad integral del individuo. En contra de lo que pudiera parecer, en una evaluación superficial, la presente no es una obra de formulaciones ya acabadas, dado que su intención es atraer la atención sobre determinados asuntos, inusuales y generalmente olvidados, a pesar de su gran significación, para que sean considerados, analizados y debatidos de manera colectiva durante un tiempo, seguramente muy largo. De ello resultarían, tal vez, conclusiones sólidas y válidas, en lo cognoscitivo y en lo actuante, mientras que, por el momento, sólo pueden ser alcanzadas unas endebles, poco consistentes y poco convincentes aproximaciones (de ese modo, sin duda, han de ser calificadas las que aquí se ofrecen).

Superar este estado de cosas exige el trabajo de muchos, y por mucho tiempo. De ahí que, asimismo, si la tan presuntuosa como temible fantasía cartesiana, el logro de un conocimiento «claro y distinto» de las cuestiones medulares, es siempre irrealizable (salvo en el adoctrinamiento y en la propaganda), lo es mucho más en las condiciones propias de este tiempo histórico.

Romper argumentativamente con la cosmovisión ilustrada, liberal y progresista, elaborada, enriquecida y reelaborada sin tregua durante más de 250 años por las autoridades políticas e intelectuales del vigente régimen de dictadura total no puede ser

realizado por un texto, ni por un autor, pues o se hace tarea de muchos o quedará sin hacer. En este último caso, lo más probable es que el proceso de deshumanización en curso alcance a ser definitivo e irreversible. Ello dota de fundamento a la convicción de que ni en éste ni en ningún otro asunto de importancia hay motivos para el optimismo, dado que en los tiempos que corren todo lo importante marcha a peor a buen ritmo, de donde nunca como hoy ha sido tan cierta la aseveración de Tocqueville, «el espíritu humano camina entre tinieblas».

A pesar de todo, el libro que el lector o lectora tiene ante sí ha resultado de la convicción interior y de la libertad de conciencia, al no proceder ni depender de los aparatos institucionales destinados a la fabricación en serie de las creencias provechosas para el régimen vigente, y al no poseer más propósito que la dilucidación longánima de la verdad concreta-finita en las materias consideradas, lo que no es mucho, pero sí algo, para avanzar un tramo hacia la meta fijada, que, por decirlo con expresión tomada a Ángel Ganivet, pretende, asimismo, “forjar Ideas que guíen nuestra Acción”, ideas que, ante todo, han de ser verdaderas, hasta donde es posible; no demasiado, dada nuestra finita y mezquina condición.

Por encima de todo, al leer las páginas siguientes, cuyo fundamento son muchos años de esfuerzo y trabajo casi sin interrupción, se ha de tener en cuenta que provienen de la desesperación, realidad psíquica primaria que establece en ellas los contenidos tanto como el tono dominante. No es una desesperación metafísica, y en gran medida literaria, como la que se despliega en “Tratado de la desesperación” de S. Kierkegaard, sino un desolado, si bien es de esperar que decoroso, racional y equilibrado, estado de ánimo, vivido al mismo tiempo con enorme tensión y dolor psíquico, que emanan de la observación imparcial de lo ya indudable: la humanidad ha llegado a un punto en que la situación prevaleciente muy difícilmente puede tener remedio. Ello explica el estilo combativo y apasionado de este escrito, si bien el criterio fundamental es la voluntad de verdad y la devoción por el rigor.

En 1947, un Orwell ya lo bastante lúcido y maduro como para estar curado de todas las ilusiones, expone esa misma conclusión a su manera, «dejando mis deseos al margen del cálculo, estimaría que es harto difícil que la civilización perviva en los próximos siglos». Hoy tal diagnóstico es aún más verdadero por cuanto lo que está en muy avanzado curso de realización no es sólo la liquidación de la civilización como realidad tenida por exterior al ser humano, sino la destrucción programada, e imperiosamente realizada, del mismo ser humano en tanto que tal. Asistimos, pues, a los últimos días de la civilización tanto como al tiempo de culminación del exterminio de lo humano. Más allá, al otro lado de la línea divisoria, manifestando su tan monstruoso como imbatible vigor, se encuentran, en un estado de completa embriaguez por la victoria absoluta ya casi alcanzada, las potencias agentes de tal catástrofe: la barbarie total, la incivilidad triunfante, la infrahumanidad orgullosa de sí, la maldad autosatisfecha, la dictadura omnímoda y con ínfulas de perennidad, las fuerzas empeñadas en la trituración de los fundamentos últimos de la vida.

Sólo nos queda ser fuertes, permanecer unidos, estar muy alerta en lo intelectual y tener valor. Quizá con ello seamos capaces de dar con alguna salida a la situación constituida, que por sí misma carece de cualquier salida. Pero eso es muy poco probable.

FRM